

DOS MUERTOS Y MEDIO de Carlos García Valverde

Introducción: el nombre de las cosas y su función

Quizá parezca absurdo, contemplado desde cierta objetividad, pero lo cierto es que los mortales nos empeñamos en “humanizar” a menudo a algunos objetos de nuestra propiedad o entorno, adjudicándoles vida propia e incluso suponiéndoles poseedores de ciertos sentimientos, habilidades y sensibilidades. Nos sucede, por ejemplo, con ese sombrero que nos da buena suerte, aquel confortable sillón que nos acoge en su regazo mullido, el reloj del abuelo, en cuya añeja maquinaria nos parece que late aún el corazón de nuestro ancestro o ese osito de peluche que fue inefable y fiel compañero de nuestros juegos infantiles. Los paleontólogos han dado en justificar el paso del hombre de nómada a sedentario en base a determinados descubrimientos, como el fuego o la agricultura, que facilitaron su asentamiento permanente en un mismo lugar, y para mí tengo que, al empezar aquellos homínidos a fabricar ciertas herramientas, ciertos objetos domésticos, comenzaron también a desarrollar un sentimiento de apego por los mismos, iniciando un proceso de humanización de tales enseres que, en algunos casos —objetos rituales, exvotos, amuletos, talismanes...— llegaron incluso más allá, al alcanzar la “divinización” o “sacralización”.

Y además, como reza el popular refrán, “el hábito hace al monje”, de modo y manera que, al asignarle asimismo un nombre a cada cosa, esta comenzó a tener no sólo una identidad unívoca, sino también un carácter e incluso, aunque parezca descabellado visto desde el pragmatismo, una cierta “personalidad”. En el desarrollo de la comunicación oral, dejó de ser indispensable tener un objeto a la vista para diferenciarlo de los demás; bastaba con pronunciar su “sonido” (su nombre) para concitar clara y concisamente en la mente del interlocutor su imagen privativa e inequívoca.

El asunto se fue haciendo más y más complejo y sofisticado cada vez, de forma que muchas cosas pasaron a tener varios nombres e incluso diversas capacidades, usos y propiedades, según se refirieran a ellas por una u otra de sus denominaciones. Esto se hizo especialmente patente en los ámbitos místicos y religiosos: una simple copa, atendiendo a su papel o función dentro de un determinado contexto, pasó a ser un Grial; un vulgar taparrabos se convirtió en perizoma y un lienzo común, en base a un ocasional uso luctuoso, podía transformarse en un sudario o, más aún, en una Síndone. Lo curioso de este proceso es que no suele ser reversible; es decir, ni un sudario recuperará ya nunca su ordinario papel de sábana, ni el Grial volverá a ser visto jamás como un vaso común.

Y del mismo modo, un indumento corriente que, portado por un vivo, podría definirse como traje, vestido, ropaje, terno, atavío, hábito o prenda, cuando enfunda a un cadáver, dispuesto para arroparle en su postrer viaje, pasa a ser, indefectiblemente, una mortaja.

I

Las campanas de la iglesia comenzaron a ser tañidas a media tarde, con una cadencia determinada e inequívoca. Era el toque conocido como “para dar a Dios”, obligado cuando alguien en la aldea se encontraba próximo a expirar y el cura se disponía a llevarle el Viático. Minutos después, una larga comitiva, encabezada por la cruz alzada escoltada por

dos ciriales y secundada por el propio sacerdote y el sacristán, a los que seguían medio centenar de lugareños, muchos de ellos empuñando velas encendidas, se dirigía a través de las callejuelas empedradas hasta el domicilio del agonizante. Los densos nimbos, que encapotaban el cielo desde el mediodía, decidieron al fin cumplir su tácita amenaza y empezaron a destilar una llovizna, frágil pero porfiada, que obligó a los paisanos a cobijar bajo las palmas de sus manos encallecidas el pábilo tembloroso de los cirios. Muchas ventanas cerraron sus cuarterones y algunas mujeres se persignaron respetuosas desde el umbral de sus casas al paso del triste cortejo. A intervalos regulares, el sacristán hacía sonar la esquila que portaba, añadiendo un contrapunto lúgubre al severo toque de las campanas. La mayoría de los acompañantes, con doliente sincronía amaestrada por la costumbre, bisbisaban una oración que a ratos se confundía con el rumor crepitante de la lluvia sobre los chinarrros del suelo.

Acodado en la barra de la tasca, Agustín escuchaba el lóbrego mensaje de los bronce. El local se hallaba desierto, a excepción de él mismo y de la lógica presencia de Tobías, el cantinero, que refrotaba concienzudamente un vaso con un trapo de dudosa limpieza.

—Tu cuñado— apuntó escuetamente Tobías.

—Ya— dijo Agustín, secundando el laconismo del tabernero.

Apuró su vaso de morapio, murmuró una blasfemia entre dientes y dio media vuelta, dirigiéndose a la calle.

—Apúntame eso— dijo, sin volverse.

—¿Otra vez...? —murmuró el cantinero, con un deje de fastidio.

—Tobías, no me jodas ahora— replicó Agustín, abriendo violentamente la puerta de salida.

En el trayecto de regreso a su chamizo pasó junto a la iglesia. En ese momento, la campana mayor dejó de emitir su triste mensaje. A despecho de la lluvia, Agustín se detuvo largo rato ante el frontis del templo. En una de las esquinas del paredón campeaba un vetusto letrero con la leyenda “prohibido jugar a la pelota”. La misma hojalata de la placa, atacada por una virulenta erupción de abolladuras, revelaba a las claras el nulo poder disuasorio del aviso. Una infinidad de máculas circulares, diseminadas asimismo por toda la superficie del muro, desmentía igualmente la eficacia de la prohibición. Muchas de aquellas viejas cicatrices, pensó Agustín, habían sido provocadas solidariamente, durante años, por él mismo y el hombre cuya agonía acababa de pregonar la esquila.

Emitió una nueva blasfemia para su colete y abandonó el lugar.

II

Al día siguiente, a Agustín lo despertó la campana de la iglesia, proclamando un nuevo comunicado. El solemne y espaciado intervalo entre los toques informaba de forma irrefutable de una muerte, y la secuencia de los badajazos, agrupados de tres en tres, identificaba claramente al difunto como un varón. De todas formas, Agustín no tuvo que esperar a descifrar la precisa cadencia de las campanadas, pues desde la primera de ellas supo a quién iba dedicado el mortuorio encordado. La mañana creció, de nuevo lluviosa y

desapacible, mientras nuestro hombre veía agrandarse el desasosiego dentro de sí mismo, a la vez que daba nerviosos paseos por la cocina. Al cabo, cerca ya del mediodía, resolvió acercarse hasta la casa del finado. Una casa que hacía casi cinco años que no pisaba.

A falta de un centenar de metros para arribar, llegaron hasta Agustín los murmullos de los hombres reunidos en el portalón de la vivienda doliente. Medio rezaban y medio cantaban las “Lamentaciones de Jeremías”, según costumbre del lugar, intercalando las letanías con las también consabidas libaciones de orujo, que unos y otros se echaban regular y briosamente a la andorga de un solo empuellón. Cuando Agustín penetró en el portalón, se hizo al pronto el silencio, mientras los allí convocados se miraban unos a otros, dándose algún que otro codazo cómplice.

—Buenos días —dijo el recién llegado.

—Hombre, Agustín... tú por aquí... —se atrevió finalmente a decir uno de ellos.

—Te acompañamos en el sentimiento —apuntó otro, rascándose la oreja y evitando mirarle directamente.

—¿Un trago...? —sugirió un tercero, alargando hacia Agustín uno de los pequeños vasos de grueso vidrio labrado.

—Luego —repuso este, mientras salvaba el breve escalón que, desde la portalada, daba paso al interior de la casa.

Tragó saliva en la penumbra del pasillo, antes de dirigirse resueltamente hasta la improvisada cámara mortuoria, establecida en el dormitorio del matrimonio, según pudo deducir guiándose por el monocorde ronroneo de avemarías que, como réplica al enunciado de los Misterios por una de las mujerucas, silabeaban las demás, reunidas en torno al túmulo. La cama había sido desmontada para dar espacio al ataúd, situado este sobre un par de toscos caballetes. La cabecera, los pies y los largueros del tálamo se encontraban arrumbados contra una de las paredes, confiriendo a la estancia un cierto y desmadejado aire de provisionalidad o desorden. Cuando Agustín apareció en el umbral de la alcoba, tal y como había sucedido a su llegada al portalón, cesaron repentinamente los rezos, aunque las hembras, más aguerridas que los hombres que, instantes antes, habíanle hurtado las miradas, clavaron en él sus ojos conminatorios. Su hermana Mercedes rompió finalmente el silencio.

—Agustín... a buenas horas.

—Malas son, ya lo sé, pero en estas circunstancias... —dijo el aludido, retorciendo la gorra entre sus manos.

La viuda se levantó y tomó a Agustín por el brazo, sacándolo al pasillo. Este observó que, en el dormitorio, no se reanudaban los rezos, atentas las mujeres, a buen seguro, a aplicar la oreja por ver de enterarse de la conversación de ambos hermanos en el corredor.

—Lo siento, Mercedes. Lo siento de verdad, a pesar de lo pasado.

—Te tenía ley, Agustín. Román te tenía ley, el pobrecín. Tantos años sin hablaros... —dijo la enlutada, entre sollozos apagados.

—Me echó de esta casa —replicó él—; me echó como a un perro.

Ella lo miró, sacudiendo la cabeza.

—Siempre fuisteis inseparables, desde guajes. Por los pueblos de alrededor os tomaban por hermanos. Cuando nos casamos, a Román le pareció bien que te vinieras a casa con nosotros, pero él se mataba a trabajar mientras que tú...

—Me salieron mal las cosas —atajó Agustín—. Ni yo tuve suerte, ni él paciencia.

—La tuvo de sobra —refutó la viuda—, pero tú no acababas de arrancar. Estabas a gusto en la burra. Nunca te faltaron cuartos para tu vino y tu tabaco, y esas perras salían del lomo de Román. Hasta que se hartó. Luego, como erais los dos igual de cabezones, la cosa se enquistó y perdisteis las amistades a lo tonto. De todas formas, él sabía que yo te estaba dando algo de dinero todo este tiempo, pero se hacía de nuevas. Así de bueno era, el cuitado.

—Yo... bueno, todo eso ahora poco importa —rematió Agustín.

Una a una, las féminas fueron abandonando la casa. Habían velado durante toda la noche la agonía del moribundo, y la mayoría de ellas, a esa hora, tenía unos fogones que atender. Se despidieron de la viuda, ignorando con cierto desdén la presencia del improbo Agustín, y tornaron a sus quehaceres hasta el funeral, previsto para el día siguiente. Los hombres del portalón, cuyos latinajos hacía tiempo que resbalaban hacia la incoherencia, por mor del aguardiente trasegado, se fueron también, trastabillando en pos de sus mujeres. Entonces, Agustín penetró de nuevo en el dormitorio y se quedó largo rato contemplando el cadáver.

—Se le ve muy elegante, con ese traje gris tan nuevo —dijo, por decir algo.

—Es el de la boda. Sólo lo había puesto tres o cuatro veces; aquí no hay mucha ocasión para lucir esas cosas —repuso su hermana.

—Yo nunca tuve un terno como ese. Qué pena que se lo haya de comer la tierra.

—Ni lo tuviste, ni lo mereciste —señaló Mercedes—; lo de doblar el espinazo no era lo tuyo.

—Mercedes, por favor... no es el momento para reproches, con Román aquí, de cuerpo presente —replicó Agustín—, ya sé que he sido un tarambana, y no me siento orgulloso de ello, pero eso ahora ya no hay quien lo cambie.

—Tienes razón —aceptó la enlutada—, ahora ya nada de eso importa. Y también la tienes cuando dices que es una lástima que ese traje haya de pudrirse bajo tierra —miró a su hermano, calibrándolo de arriba abajo—. Yo creo que tenéis las mismas hechuras, así que...

—No estarás pensando que... el traje... yo... —balbuceó Agustín.

—Venga, échame una mano —repuso Mercedes mientras abría el armario y extraía de él una chaqueta y un pantalón de pana, bastante usados.

Hacía ya tres horas del óbito y, a pesar de la humedad reinante, el cadáver estaba entrando en la fase de *rigor mortis*, por lo que les resultó bastante afanoso efectuar el cambio de ropa, pero finalmente concluyeron la mudanza y cerraron la tapa del féretro.

Ambos hermanos se miraron durante un largo rato. Luego, ella le alargó las prendas que habían sido la provisional mortaja del finado.

—Que lo disfrutes con salud —dijo—, pero no se te ocurra ponértelo para el entierro. Si es que piensas ir.

—Sí, claro que iré —prometió Agustín. Luego depositó un tímido beso sobre la mejilla de su hermana, y se fue.

Cuando llegó a su casa, lo primero que hizo fue probarse el traje gris marengo de su extinto cuñado. Después se miró y remiró por delante y por detrás en la luna del armario, apreciando el aspecto distinguido que aquel indumento le confería.

—La verdad es que me viene que ni pintado —musitó.

III

Durante el sepelio y posterior inhumación de Román, se echó de menos a Agustín. La mayoría de los presentes, no obstante, no se extrañaron en demasía de tal ausencia, achacando la misma al carácter desordenado e irreflexivo del cuñado del muerto y a su enemistad de los últimos años, por todos conocida. Mercedes, en su dolor, tuvo suficiente tiempo y lágrimas para arrepentirse de haber confiado una vez más en su hermano, sintiéndose traicionada de nuevo. Tres días más tarde, Tobías el cantinero llamaba a la puerta de la viuda.

—Perdona, Mercedes, pero ¿le ha pasado algo a tu hermano? Hace tres días que no va por el bar, y eso en él es raro, muy raro.

Minutos más tarde, ambos aporreaban la puerta de la paupérrima vivienda de Agustín sin recibir respuesta alguna. Finalmente, Tobías accedió al interior rompiendo el cristal de una ventana. Cuando abrió desde dentro, apareció ante Mercedes demudado y sombrío. Ante la mirada interrogante de la mujer, bajó la cabeza.

—¡Agustín! —gritó esta, antes de hacer a un lado al cantinero y penetrar corriendo en la casa.

Agustín se hallaba en una extravagante posición, con la cara pegada a la parte baja del espejo del armario ropero, que había roto en su caída, y las piernas dobladas bajo el cuerpo, como si se hubiera ido escurriendo hasta el suelo. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, parecían buscar con desesperación su propia imagen en la luna fracturada.

Cuando llegó el médico, media hora después, sólo pudo certificar el deceso, con un vago y atropellado dictamen de “repentino fallo cardíaco”.

IV

Agustín, o lo que de él quedaba, se hallaba tumbado sobre una sábana en el suelo de la cocina, en la chabola donde había malvivido los últimos años. A ambos lados del cuerpo exangüe, Mercedes había colocado dos cirios encendidos, vertiendo desde el propio pábilo unas gotas de cera derretida para asentarlos directamente sobre el piso de oscura tierra apisonada. También había cubierto los vasares, los cobres y la alacena con unos lienzos que había traído de su propia casa, en un intento de mitigar el prosaísmo de la estancia y dotarla de un poco de solemnidad. La bailante luz de los blandones confería al rostro del difunto una ilusoria pero inquietante sensación de movilidad. Como llevaba puesto el terno gris, Mercedes le encontró un cierto parecido con Román. Sentadas en derredor, unas cuantas paisanas, más o menos las mismas que habían cumplimentado a su antefinado cuñado tan sólo unos días antes, mascullaban la letanía con indiferente fluidez profesional. Hasta la pieza llegaban, como un murmullo, las graves salmodias de los varones, situados en el cuarto contiguo, y el trasiego del orujo, denunciado por el constante tintineo de los vasos.

Tobías asomó brevemente por el vano de la puerta de la cocina, buscó con los ojos a Mercedes y le hizo una seña para llevarla a un aparte.

—¿Qué pasa? ¿Se os terminó el aguardiente? —preguntó ella, una vez ambos se encontraron en el pasillo.

—No, no... verás, Mercedes... —titubeó el tasquero—, tu hermano no era malo, no señor; un poco zascandil y bastante botarate, también hay que decirlo, pero no tenía mala entraña. El caso es que... que...

—¿Qué pasa, Tobías? ¡Desembucha, coño! —le apremió la doble enlutada.

—Ya sé que no es el momento, pero... —continuó Tobías, frotándose el cogote con azoramiento—, el caso es que Agustín andaba siempre mal de dinero, pero lo que es a la taberna, no faltaba día, y...

—Ya —interrumpió Mercedes—, que te dejó una cuenta, vamos.

—Y bastante grande, la verdad —afirmó el cantinero, ya más animado—. Hombre, yo no quiero apurarte, pero como eres la única familia que tenía... Vamos, digo yo que tendrás que liquidar sus deudas, que no eran sólo las mías, claro... No sé, venderás esto, supongo —dijo, efectuando un movimiento envolvente con la mano para abarcar el entorno—. Pero vamos, que no hay ninguna prisa. Sólo quería enterarte del asunto.

Mercedes volvió la cabeza hacia la cocina. A través de la puerta abierta, vio a Agustín tendido en el suelo, con las manos cruzadas sobre el pecho, entre el resplandor lánguido de las candelas. Luego tasó con la mirada la estatura y corpulencia de Tobías.

Y pensó que, de seguir así, se iba a pasar la vida desnudando muertos.

V

A la semana siguiente, Tobías tenía que acercarse a la capital, a resolver un sencillo trámite administrativo. Pensó que sería una buena ocasión para enfundarse el traje marengo que acababa de agenciarse, así que, tras afeitarse cuidadosamente, lo sacó del ropero y se lo puso. Un rato después, se oyó la bocina del coche de línea que llegaba a la plaza del pueblo. La mujer del tasquero se dirigió a la alcoba para apremiarlo.

—Tobías, que vas a perder el autobús...

Al penetrar en el dormitorio, profirió un agudo grito. Su marido estaba echado de espaldas, de forma transversal, sobre el catre, con las piernas colgando sobre la estera. Tenía la boca abierta en un rictus extravagante, y sus ojos vidriosos miraban hacia ninguna parte.

VI

—Pero ¿qué coño pasa en este pueblo, joder? Esto parece ya una epidemia —señaló el galeno con un tanto de brusquedad y escasa diplomacia, tras auscultar y tomar el pulso a Tobías con nulos resultados. La luctuosa incidencia le había arrancado de su partida diaria de mus, en la villa cabecera de la comarca, y se encontraba de pésimo humor.

—¡Si estaba bien esta mañana! —gimoteó la nueva viuda.

—¡Hoy aquí y mañana allí! —sentenció el médico con fastidio, mientras extendía el certificado, sin que ni la llorosa mujeruca ni los dos hombres que habían ejercido de testigos supieran exactamente si estaba filosofando sobre la liviandad de la vida o, por el contrario, lamentándose de las continuas idas y venidas que el ejercicio de su profesión le imponía.

Durante las exequias del nuevo difunto, Mercedes advirtió que este no llevaba puesto el terno gris marengo. Al día siguiente, la viuda del cantinero se presentó en su domicilio. Llevaba el traje doblado sobre el antebrazo.

—Mira, no sé qué líos se traerían tu hermano y mi pobre marido para que esto llegara a casa, pero me trae muy malos recuerdos, así que aquí te lo dejo— explicó, entregándole las prendas a Mercedes.

Esta sintió una especie de escalofrío cuando recuperó la vestimenta marengo, pero se hizo cargo de ella, pensando a ver qué hacía con eso ahora. Algo más tarde, desde la ventana de la cocina, vio al cura pasar por la calle. Caminaba a largas zancadas, según su costumbre, y el vuelo de su sotana dejaba ver los bajos raídos de sus pantalones. Entonces tuvo una idea, y corrió hacia la puerta.

—¡Don Dimas, don Dimas! —llamó al presbítero. Este detuvo su marcha y se acercó a ella.

—¿Qué se te ofrece, hija? —preguntó.

—Verá, padre: tengo un traje gris de mi pobre Román, que en gloria esté, y no sé qué hacer con él. A lo mejor a usted, que es más o menos de su talla, le vendría bien...

—Pues no te digo que no, Mercedes, y te agradezco la caridad, porque con el sueldo que tenemos y la poca voluntad de los feligreses, siempre andamos de prestado —dijo el

sacerdote—, pero en todo caso, me quedaré con los pantalones, que como van bajo el hábito, no importa su color, pero la chaqueta tendría que ser negra, así que...

—No se preocupe, don Dimas; llévase los pantalones y déjeme de momento la americana. Todavía ando tiñendo la ropa de negro, por cosa del luto, así que la añadiré a la faena y luego se la daré.

—Pues muchas gracias, hija; cristianas como tú son las que hacen falta en este mundo.

El cura tomó la prenda y retomó su marcha a grandes trancos. Cuando llegó a la casa rectoral, se desprendió de sus viejos pantalones y se enfundó los donados por Mercedes. Luego consultó el carillón que colgaba de la pared. Se aproximaba la hora del rosario, así que decidió subir al campanario para efectuar el pertinente toque de campanas.

VII

A la mañana siguiente, cuando Mercedes se disponía a barrer el portalón, divisó a un grupo de aldeanas en una esquina próxima. Aunque la conversación que mantenían era ininteligible a causa de la distancia, se desprendía de ella algún gritito entrecortado, y algunas mujeres se llevaban las manos a la cabeza o hacían aspavientos con los brazos. Mercedes se acercó al corrillo, por ver de enterarse del asunto que tan agitadas tenía a las congregadas.

—¿Qué ha pasado? —inquirió al llegar hasta ellas.

—¿No te has enterado? —dijo una—; don Dimas, que ha tenido una desgracia.

—¿Una desgracia? —preguntó Mercedes— ¿Le ha pasado algo?

—Pues que se cayó por las escaleras, cuando bajaba de tocar las campanas para el rosario, y parece que se ha quebrado el espinazo. No perdió el conocimiento, pero dizque no siente las piernas. Lo han mandado para la capital, pero ya dice el médico que la cosa no pinta nada bien, que seguro que se queda impedido de cintura para abajo.

Mercedes no articuló palabra. Se despidió apresuradamente de las paisanas y volvió a casa. Al entrar en el corral vio el balde con la americana marengo, dispuesta para el teñido, y se quedó largo rato pensativa. Al cabo, entró en la cocina y volvió a salir con una zafra de aceite, empapó con ella la funesta prenda y la pegó fuego. Mientras veía ascender el humo negruzco, sintió como una especie de alivio, una liberación. Ella nunca había sido supersticiosa, ni había dado pábulo a fetichismos, hechicerías o nigromancias de cualquier índole, pero también evitaba hacerse más preguntas de las que su intelecto pudiera buenamente comprender.

Además, después de todo —resolvió— con dos muertos y medio había ya más que suficiente.